

LA EXPERIENCIA FUNDANTE DE LA FE COMO TAREA PRIORITARIA DE LA FORMACIÓN

Antonio Jiménez Ortiz

En la formación¹ presbiteral o para la vida religiosa la tarea de acompañar en el proceso de consolidación de la experiencia fundante de la fe ha debido ser siempre la decisiva. Pero hoy tiene una relevancia mayor. ¿Por qué? El gran problema de los jóvenes en los últimos 10 ó 15 años es la falta de un núcleo personal, de un cimiento sólido. Y no es posible una identidad personal estructurada sin una experiencia fundante. ¿Qué es una experiencia fundante? Es una experiencia personal que tiene la capacidad de convertirse en convicción, enraizada en los estratos más profundos de la afectividad, que posibilita un nuevo modo de sentir, de pensar, de vivir, y que vertebrata la existencia y la vida cotidiana.

Hacia la experiencia fundante de la fe

Hay experiencias humanas de tal intensidad que se pueden convertir en experiencias fundantes: por ej., una experiencia de carácter humanista (la lucha por la justicia o por la paz) que da solidez definitiva a una persona y a su compromiso en la vida, o una experiencia estética (la poesía, la pintura...) que supone tal apasionamiento en el individuo que estructura su interioridad y da sentido a su existencia...

En nuestro caso pienso que la experiencia fundante debe ser de carácter religioso. Es la única que tiene la pretensión de dar un sentido global no sólo al individuo como tal, sino a todo lo que le rodea: personas, mundo, historia, universo, pasado, presente, futuro... La experiencia fundante religiosa es, en nuestro caso, la experiencia de Dios como amor incondicional, revelado en Jesús el Señor por la fuerza del Espíritu.

Como dice Javier Garrido, la experiencia fundante de la fe es el quicio de la existencia. Por eso no se tiene fe. Se es desde la fe. Ella se convierte en fuente originaria de sentido, fundamenta la persona, ilumina su ser y su mundo, desata definitivamente su libertad y le da una esperanza que va más allá de los límites de su finitud.

¹ Cuando hablo aquí de formación me refiero a la formación para el ministerio sacerdotal y a la formación para la vida religiosa femenina y masculina. Intento permanecer en el ámbito de lo que considero común a ambas realidades. Creo que gran parte de la reflexión sería aplicable también en el campo de la pastoral juvenil.

La experiencia fundante es formalmente teologal: tiene lugar en el encuentro entre Dios y el hombre. Dios toma la iniciativa y ofrece el amor fundante, que hace de la vida una gracia y conduce al hombre a la entrega confiada y absoluta en las manos de Dios².

Cómo ir unificando la persona del formando a partir de una vital y sólida experiencia de Dios que tenga presente desde el principio la especificidad de la vocación sacerdotal o religiosa, no es una tarea fácil. Aquí apuntamos cuatro etapas que hay que entenderlas no como simples pasos cronológicos sucesivos, sino como una trama de elementos decisivos que se van desarrollando en la vida cotidiana sin perder de vista nunca la meta final: conformar el corazón del joven según el corazón de Jesús con el protagonismo del Espíritu Santo.

1. Ciertos presupuestos antropológicos

En realidad son objetivos de la formación humana que ya conocemos y que con cierta frecuencia echamos de menos en los jóvenes de los últimos años. Sin esas premisas resulta muy difícil abrir la interioridad del joven a una experiencia religiosa que le compromete de forma tan radical.

Frente a la indiferencia ambiental de cara a ciertos valores humanos, en los jóvenes debemos potenciar la capacidad para saber comprender, evaluar, discernir situaciones humanas complejas; capacidad de apertura y de atracción hacia valores postmaterialistas; suficiente conocimiento y posesión de la propia interioridad para que sea posible la libre, crítica y madura aceptación de propuestas y de ideales; sentido altruista de la vida; disponibilidad y constancia; capacidad de fidelidad real que acepta la renuncia y el sacrificio; una voluntad capaz de decidir según los principios asumidos en la vida; riqueza y equilibrio afectivo adecuado a la edad...

Ya conocemos estos presupuestos y en los últimos años se ha trabajado bastante en su consecución en la pastoral vocacional y en los primeros años de la formación.

2. Abrir los ojos a las huellas del Misterio

En la sociedad contemporánea hay una morbosa curiosidad por todo lo misterioso y esotérico, pero una escasa sensibilidad para el Misterio trascendente. Con cierta frecuencia nos encontramos en la formación con jóvenes anclados en un cientifismo ya trasnochado, con una actitud empirista que les

² Cf. J. Garrido, *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal Terrae, Maliaño 1996, 284-285.

impide ir más allá de lo que captan sus sentidos. Hablan de la fe o del Misterio de Dios como objetos de su entorno familiar que no va más allá de la superficie de lo que les rodea.

Por otra parte sí detectamos en los jóvenes una mayor sensibilidad por la belleza de la naturaleza, que podría convertirse en una experiencia puente hacia el Misterio, si no desemboca en una especie de panteísmo estético y psicológico influido también por la larga sombra de la religiosidad de la New Age.

¿Cómo ayudar a percibir las huellas de la Trascendencia? Guiando al joven en el descubrimiento vital de lo humano, en su fragilidad, en su riqueza, en su ansia de infinito, educándolo a la sensibilidad frente a lo bello, frente al dolor y al sufrimiento, frente a las experiencias de sentido, de bondad, de amor, ayudándole en una urgente "alfabetización simbólica"...

Sin sentido de veneración frente al Misterio la oración corre el riesgo de diluirse en una palabrería vana o en una búsqueda incesante de gratificación psicológica. Y la opción vocacional se irá asimilando como una cuestión profesional o contemplándose como un simple trampolín hacia tareas de carácter humanitario.

3. Formar en el seguimiento de Jesús

Es la gran aventura de nuestra vida. Esta experiencia única abarca toda nuestra persona: inteligencia, voluntad, afectividad, vida concreta. Los jóvenes han de ir aprendiendo que el seguimiento de Jesús implica también rupturas con su pasado, replanteamientos de intereses, renunciaciones, superaciones... Pero lo decisivo no es lo que se abandona, sino lo que se encuentra: una persona concreta, presente misteriosamente en nuestro vivir cotidiano, con una oferta de existencia que rompe los esquemas preestablecidos en la sociedad del bienestar y que abre a un mundo nuevo y a una esperanza definitiva.

Los jóvenes han de ir comprendiendo que el seguimiento de Jesús se va haciendo realidad a través de los diversos encuentros con Él en la celebración de los sacramentos, especialmente de la eucaristía y de la reconciliación, en los acontecimientos diarios, en la oración personal y comunitaria, en los compromisos concretos por la bondad, la justicia, la comprensión, el perdón... Estas experiencias de encuentros han de ser alimentadas por una reflexión guiada del Antiguo y Nuevo Testamento, por un estudio serio de la teología, por las orientaciones e indicaciones de unos formadores que, en su fragilidad, ya han recorrido ese camino evitando autoengaños y siendo conscientes de que el guía y la brújula en esa gran aventura es el Espíritu de Dios.

El joven ha de comprender que seguir a Jesús supone asumirlo como norma y como modelo de vida, dejándose transformar el corazón por su Espíritu. Aceptar su misión, el anuncio del Reino, implica necesariamente el reconocer a Dios como valor supremo de la propia existencia y establecer como proyecto prioritario la búsqueda continua de su voluntad, que le llevará por caminos insospechados, que le obligará a abandonar sus seguridades y a dejarse guiar por el amor compasivo de Jesús, que hizo de su vida un permanente servicio, en la obediencia, en la pobreza, en el celibato.

4. Conducir al compromiso leal con los consejos evangélicos

La experiencia original y única que Jesús tuvo de Dios, su compromiso total por el anuncio del Reino, su amor compasivo y misericordioso que transformaba los corazones y las realidades dolorosas e injustas de su entorno acontecen en una forma de vida con unos perfiles existenciales bien definidos: la obediencia, la pobreza, el celibato.

“Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús, el cual, a pesar de su condición divina... se vació de sí mismo... y se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en cruz” (Fil 2, 5-8). Esta es la obediencia que vive Jesús: despojamiento radical. No se reserva nada, se entrega totalmente. La obediencia, en su misma raíz latina, es “escucha atenta”. La obediencia evangélica es, por tanto, escucha atenta de la voluntad de Dios, que lleva consigo el compromiso de la libertad, la renuncia a mis intereses y planes, la disponibilidad radical para seguir esa voluntad que me va marcando el camino, a través de mediaciones humanas y eclesiales.

Si la caridad pastoral no está basada en esta obediencia al Misterio de Dios, el servicio como religioso o sacerdote puede quedar reducido a una simple cuestión de profesionalidad. Los jóvenes deben tener claro que el objetivo de su vida no es acabar siendo funcionarios de una multinacional de lo sagrado. Su opción se basa en la escucha continua, confiada, fiel de la voluntad de Dios en sus vidas, que toma cuerpo en discernimientos honestos, acompañados y sostenidos por los responsables eclesiales y por sus acompañantes en la fe.

Tendríamos que preguntarnos si los formadores sabemos acompañar en la interiorización de esta obediencia que escucha sinceramente la Palabra de Dios, que discierne su voluntad en la vida de cada día a través de las mediaciones, que sabe atender las insinuaciones del Espíritu en la oración y que sabe ver los “signos de los tiempos” como sugerencias de Dios para nuestra libertad en la historia. Y tendríamos que pensar si creamos las condiciones comunitarias y ambientales para que el joven vaya asimilando el valor evangélico de la disponibilidad, sabiendo lo que significa renunciar, aceptando la ascesis imprescindible para saber escuchar a los demás, atender sus necesida-

des y responder a las llamadas continuas de Dios a través de los gritos de los pobres, desheredados, abandonados.

Y para tener esa compasión hay también que saber vivir la pobreza evangélica. Jesús vivió y murió pobremente. Y son datos históricos irrefutables su actitud frente a la riqueza y a las posesiones, frente al poder económico, social y religioso. La pobreza en Jesús no es una mera actitud de indiferencia interior: supone renuncia efectiva y también espíritu de desprendimiento. Pero el corazón de la pobreza evangélica es el reconocimiento de Dios como valor central enraizado en las entrañas de nuestra persona: la clave es "buscar primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6, 33). El afán de poseer, la codicia, la vinculación excesiva con cosas, comodidades, situaciones ventajosas, la falta de generosidad, la incapacidad para compartir, la búsqueda inquieta de poder, de influjo, de prestigio, de relaciones privilegiadas, la poca sensibilidad ante la pobreza social, el sentido escaso de solidaridad... son signos de una falta de compromiso con las exigencias de la pobreza evangélica.

Y en mi opinión, el celibato es una forma extrema de pobreza al renunciar a la experiencia única del amor conyugal con sus consecuencias inevitables de soledad y despojamiento afectivo. Jesús es célibe. Pero la raíz de su opción de vida provocativa y nada plausible en la sociedad judía de su tiempo no es el ascetismo, o el desprecio de la mujer o del matrimonio. Su raíz es la pasión por Dios y la urgencia existencial de anunciarlo como salvación definitiva. La motivación de su celibato es exclusivamente religiosa. Éste es signo del Reino no en su aspecto de renuncia, ruptura y esterilidad, que son consecuencias inevitables. Es signo del Reino porque el celibato evangélico es fuente de entrega, donación y acogida. La razón del celibato es el amor, la ternura, el servicio incondicional, vividos con conciencia de los propios límites, sabiendo que como célibes nuestra expresividad está condicionada, que no debemos ni crear dependencias ni manipular las conciencias o los afectos de las personas, que no es posible el celibato sin ascesis, sin oración personal y sin la fuerza del Espíritu de Dios. El celibato asumido con autenticidad es fuente de fraternidad, de solidaridad, de solicitud por los demás³.

¿Están preparados afectiva y espiritualmente los jóvenes para aceptar este compromiso del celibato que condiciona tan profundamente la maduración personal al renunciar a recursos y experiencias personales que afectan tan decisivamente el núcleo íntimo de la persona?

³ Sobre los consejos evangélicos en la espiritualidad del sacerdote diocesano, cf. G. Greshake, *Ser sacerdote. Teología y espiritualidad del ministerio sacerdotal*, Sígueme, Salamanca 1998, 139-166.

La experiencia fundante de la fe tiene una especificidad propia en el ámbito de la vocación religiosa y sacerdotal. Y la formación ha de tenerlo presente desde el principio, y crear las condiciones para su consolidación, sabiendo guiar a una coherente vida teologal.

Experiencia fundante y estilo de vida teologal

El núcleo de la experiencia cristiana es el encuentro con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, guiado, sostenido, iluminado por la fuerza del Espíritu Santo. Ese encuentro supone el inicio de un largo camino de conversión personal, que transforma la interioridad del creyente y lo lleva a plantearse su vida con coherencia, a vivir según un estilo concreto: se siente hijo del Padre, vive en su presencia, intenta actuar según su voluntad. Y esto se convierte en una gozosa realidad que va creciendo cuando la relación con el Misterio de Dios está sustentada por una confianza filial, llena de ternura y afecto, una confianza que abarca a toda la persona del cristiano, que significa entrega serena en el designio del amor de Dios. Vivir de la bondad infinita del Padre, imitar esa bondad incondicional en la fragilidad y debilidad, con los condicionamientos de todo momento histórico en el seguimiento concreto de Jesús es nuestra gran tarea como cristianos.

Este seguimiento de Jesús, intentando vivir según los valores evangélicos, sólo es posible por la presencia del Espíritu que nos capacita para vivir el amor del Padre y la compasión de Jesús en los límites de nuestra vida diaria. El Espíritu es el principio generador y animador de todo el desarrollo de nuestra experiencia religiosa, de nuestra vida teologal con su gracia, con su luz, con su fuerza. La vida según el Espíritu es la vida como hijo adoptivo de Dios, en una decisión libre, sostenida por las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad (cf. Rom 8, 14-17)⁴.

La **fe** es el punto de partida, el marco en el que se vive el estilo de vida teologal. Se funda en una opción libre que ha descubierto, experimentado la

⁴ Cf. O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 21998, 817-818: "Consiguientemente al referirse a esa novedad de existencia, que nos ha llegado con la predicación evangélica, suscitando un hombre nuevo, se hablará de *vida divina*, de *vida cristiana*, de *vida espiritual*. La primera fórmula acentúa el origen y el contenido (Dios se da al hombre), la segunda designa la mediación encarnativa y la forma paradigmática de ella para nosotros (es la vida misma que el hombre Jesús como Hijo vive); la tercera indica que es Dios mismo quien se integra a nuestra subjetividad, como contenido de ella y nos integra a nosotros en la realización de la suya (al hombre, que es espíritu, Dios se le da desde dentro de él como Espíritu). De estos tres acentos en el punto de partida surgen otras derivaciones prácticas, poniendo en primer plano: la fidelidad y obediencia a Dios, la imitación y amor a Cristo, la docilidad al Santo Espíritu con la consiguiente implicación experiencial".

ternura de Dios. Implica una actitud inteligente, libre, dócil de abandono en la misericordia de Dios, ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en él como valor supremo de la existencia, asentimiento a su Palabra y obediencia a su voluntad. El proceso interior se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia, iluminadas por el Misterio, se abran a la realidad del amor en la vida concreta, intentando ser un reflejo eficaz y transformante de la bondad de Dios: "(...) puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús" (Heb 12, 2).

Desde el seno de la comunidad eclesial, el joven debe ir viviendo la fidelidad a la Palabra de Dios, el reconocimiento de las mediaciones históricas, la actitud de conversión, la disponibilidad, la apertura a la realidad, la celebración litúrgica del Misterio, la oración personal y comunitaria, el testimonio fiel... En el camino interior de esta experiencia teologal van surgiendo preguntas, dudas, dificultades, oscuridad: el corazón humano se resiste a entregarse definitivamente y a nuestra inteligencia le cuesta abrirse al Misterio. La certeza de la fe se funda en el compromiso de Dios con nosotros, con la historia, con la búsqueda de salvación del ser humano. La verdad de Dios, que es lo mismo que decir su amor, su misericordia, su gracia, son el fundamento de nuestra fe y la roca firme que nos sostiene ante la fragilidad de nuestra opción, ante los límites de nuestra inteligencia, en la debilidad de nuestra voluntad, en las experiencias del sufrimiento y de la muerte que golpean nuestra sensibilidad y oscurecen nuestro horizonte humano y creyente.

El ser humano vive porque espera y porque tiene **esperanza**. Sin ésta es imposible la vida⁵.

La resurrección de Jesús de entre los muertos es el fundamento y la síntesis de la esperanza cristiana, pues en ella tenemos la confirmación de todas las promesas de Dios, es el *sí* de Dios a su creación y a la historia humana (cf. 1 Ped 1, 3-4; 2 Cor 1, 20). La esperanza cristiana como acto del creyente no resulta fácil: exige abandono radical en el amor misericordioso de Dios como única garantía y, al mismo tiempo, el reconocimiento de nuestra

⁵ Cf. P. Laín Entralgo, *Antropología de la esperanza*, Ed. Labor, Barcelona 1978, 190-191: "La espera se hace esperanza genuina cuando el hombre confía de un modo más o menos firme en "ser siempre" y cuando descubre que aquello en que su confianza se apoya es el fundamento gratuito, creador y obsecuente de la realidad. En cuanto aspira a "ser siempre", la esperanza humana es trascendente a la muerte, rebasa el límite de la existencia proyectiva; en cuanto que existe apoyada sobre una donación fundamentante y gratuita, la esperanza -que siempre es, como sabemos, interrogación confiada o confianza interrogante- supone el coloquio metafísico y transversal con un "Tú" absoluto. Esperando así, el hombre da figura tempórea al sentimiento y a la realidad de su religación: espera *en* "lo que hace que haya", *en* la Divinidad. La esperanza, en suma, sólo puede ser genuina siendo de alguna manera religiosa".

impotencia absoluta para lograr la salvación⁶. Esto implica rupturas, descentramientos, éxodos, renunciaciones, conversión permanente... Sin la presencia del Espíritu en el corazón del cristiano no sería posible la experiencia de la esperanza teológica: "Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5, 1-5).

Por eso la certeza de la esperanza no es de tipo intelectual. No disponemos de ninguna seguridad tangible: sostenidos por la confianza firme y decidida en el amor de Dios nos sentimos salvados en esperanza (cf. Rom 8, 24). Y por tanto todavía en camino por la historia, nos enfrentamos con la responsabilidad de seguir viviendo y actuando con coherencia⁷. De aquí la necesidad de descubrir y hacer realidad la dimensión comunitaria de la esperanza teológica. No es una aventura individualista. Es una experiencia personal en el seno de la iglesia: "Un solo cuerpo y un solo espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos" (Ef 4, 4-6).

Pero esta dimensión eclesial no evita al joven cristiano la soledad, la vivencia de sus límites y de la precariedad de sus proyectos humanos, el esfuerzo constante por lograr la comunión a pesar de los fracasos en la fraternidad, no le ahorra la prueba del cansancio que a veces ahoga la esperanza. Cultivar la esperanza supone vivir con misericordia, inclinarse sobre el ser humano y sostenerlo en su caminar a través de la historia, luchar contra el poder de la muerte y de sus manifestaciones (cf. 1 Cor 15, 26), resistiendo a toda clase de ídolos, huyendo del fatalismo y también de las pretensiones autosuficientes. Vivir en la esperanza significa ser personas de comunión en el pueblo de Dios, testimoniar con fidelidad, con signos reales el amor de Dios, trabajar por la plena liberación de la creación (cf. Rom 8, 20)⁸.

El centro y el vértice de la vida teológica es la **caridad**: "Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que vive en amor permanece en Dios y Dios en él" (1 Jn 4, 16). Con frecuencia

⁶ Cf. J. Alfaro, *Esperanza cristiana y liberación del hombre*, Herder, Barcelona 1972, 41.

⁷ Cf. *ibid.*, 64.

⁸ Cf. D. Mongillo, *Virtudes teológicas*, en F. Compagnoni - G. Piana - S. Privitera (dir.), *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, Ed. Paulinas, Madrid 1992, 1912-1913.

pensamos en la caridad como exigencia, como consecuencia coherente de la fe. Y olvidamos la realidad primordial de la revelación cristiana: desde siempre Dios nos amó de forma incondicional. Podemos amar de verdad porque siempre fuimos amados. Éste es el elemento nuclear de la virtud de la caridad, y de toda la vida teologal: "Y la esperanza no será confundida, pues el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5, 5).

Por tanto la experiencia del amor como "agape" brota de la gracia, de la presencia de Dios en nuestra frágil realidad humana. Y, desde la libertad del sujeto creyente, ilumina y fecunda la vida, genera actitudes para el bien y la belleza, crea una nueva mentalidad según el corazón de Jesús. Esta realidad trinitaria provoca una profunda transformación interior y consecuentemente desemboca en el compromiso en la historia concreta de cada día: ama a Dios quien intenta realizar con su vida, en la medida de sus fuerzas, el empeño de ir haciendo un mundo más justo y más humano.

Dimensión trinitaria y dimensión histórica de la caridad subsisten, crecen y se irradian juntas. Si no se capta su unidad y su centro, si se concibe la caridad al margen de la realidad concreta, al margen de las inquietudes y búsquedas de la humanidad, si separamos la creación del proyecto eterno de Dios sobre ella reducimos y falseamos la experiencia de la caridad⁹. Por eso en la vivencia personal de esta virtud teologal deben ir íntimamente unidas la oración y la solidaridad, la eucaristía y la actitud de servicio, el sentido de iglesia y la apertura cordial al mundo histórico que nos ha tocado vivir. Y esto conlleva el rechazo del individualismo y del egoísmo, la consistencia de la opción de fe, la conciencia eclesial, el sentido de la misión, la capacidad para la renuncia, para la compasión y la misericordia.

Dificultades en la formación para una consecuente vida teologal

En la sociedad contemporánea comprobamos la existencia de ciertas realidades, tendencias o fenómenos que hacen difícil la maduración de las virtudes teologales.

En el caso de la **fe** un grave problema lo plantea el concepto de libertad. Los jóvenes han ido creciendo con la idea de la libertad como espontaneidad, es decir, sin la presencia de la voluntad, y como supremo valor de la existencia. "No depender de nada, no comprometerse a nada, no venerar nada es una libertad vacía y errática. Si identificamos la libertad con la espontaneidad, nos sometemos al impulso o a la presión del ambiente. Hacer lo que me da la gana no es ser libre, es obligarme a hacer lo que la gana decide hacer"¹⁰.

⁹ Cf. D. Mongillo, *o. c.*, 1914.

¹⁰ J. A. Marina, *Crónicas de la ultramodernidad*, Ed. Anagrama, Barcelona 2000, 202.

Así la obediencia aparece como contraria a la libertad, y se olvida que la voluntad, imprescindible para una libertad madura, se aprende mediante la obediencia a una idea, a un proyecto, a una vocación¹¹. En lugar de decir. "Eduquemos para la libertad", convendría afirmar: "Hay que educar para la autonomía". Pues de lo contrario cualquier exigencia se puede vivir como un atentado contra la libertad. La búsqueda de autonomía, sin embargo, me puede iluminar sobre las cosas de las que debo liberarme (coacciones, miedos, agresividades, caprichos...) y sobre aquello a lo que debo vincularme y también someterme (como el respeto, el amor, el compromiso...). Así todo compromiso limita mi libertad de alguna manera, pero puede enriquecer mi autonomía, entendida como inteligencia abierta a una coherente escala de valores y aplicada a la dirección de la propia vida, como capacidad para elegir los propios fines, justificar nuestra decisión y tener energía para realizarlos¹². Porque la libertad como puro despliegue del juego de ser libre se parece mucho al mecanismo de la bolsa financiera. Al final, nadie sabe lo que valen los valores. Convertir la libertad en el valor supremo produce una desvinculación generalizada, una equivalencia universal, que acaba conduciendo a la apatía y al desinterés¹³. Si se coloca la libertad en la cumbre de los valores, no habrá ningún otro valor que justifique las limitaciones de la libertad, lo que resulta disparatado y a veces criminal.

Estas reflexiones tocan un punto candente del perfil humano de la actual generación juvenil, que condiciona gravemente la consistencia de la decisión de creer, ya que sin una libertad que sabe de renunciaciones y de compromisos no resulta posible la aventura de la opción creyente.

Y otro déficit problemático para la fe es la falta de confianza, la frágil capacidad para entregarse. Aquí hay una deficiencia psicológica: la falta de seguridad personal que genera una identidad frágil, hace al sujeto muy vulnerable y remiso a entregarse. No está preparado para dar el corazón. Y también hay factores ambientales que obstaculizan la posibilidad de fiarse: el relativismo social y el escepticismo posmoderno.

En el seno de esta sociedad compleja los jóvenes se enfrentan a una de sus consecuencias más dramáticas y que más condicionan la comunicación y la experiencia de la fe: la relativización de los sistemas de significado, elaborados colectivamente y transmitidos en los procesos de socialización. Esta relativización, que supone el rechazo de cualquier pretensión de hegemonía cultural o ideológica, implica la crisis generalizada de las instituciones que han sostenido durante décadas la socialización de los individuos. Se cuestionan los conteni-

¹¹ Cf. J. A. Marina, *El misterio de la voluntad perdida*, Ed. Anagrama, Barcelona 41998, 184.

¹² Cf. J. A. Marina, *Crónicas de la ultramodernidad*, 148. 203.

¹³ Cf. J. A. Marina, *El misterio de la voluntad perdida*, 208.

dos que hay que transmitir, los métodos utilizados, el papel y la competencia de los agentes transmisores, las metas propuestas tradicionalmente. Y el escepticismo posmoderno socava los fundamentos de los "grandes relatos", de las grandes palabras, de las grandes pasiones...¹⁴, que aparecen veladas también por las consecuencias axiológicas de una mentalidad empirista que hace que el sujeto quede encallado en las arenas del provocador mundo de los sentidos.

Y la virtud de la *esperanza* puede naufragar con una concepción del tiempo que ha quedado reducido al presente. La posmodernidad con su falta de sentido histórico ha propiciado la exaltación del presente: así se evita el peso del pasado y la angustia que provoca el futuro. Se pierde la perspectiva histórica y se analizan con temor y escepticismo las proyecciones hacia el porvenir. En los jóvenes ha calado profundamente este mensaje: lo decisivo es vivir aquí y ahora. En los últimos años ha ido creciendo un presentismo vitalista muy vinculado al disfrute del bienestar económico y de los lazos afectivos.

El futuro es vivenciado por los jóvenes como una auténtica amenaza. En su vida cotidiana se pueden rastrear la perplejidad, la inseguridad y la preocupación que provoca ese futuro incierto y complejo. La dolorosa discrepancia entre el deseo de independencia y los límites reales de la misma ha sido, en opinión de algunos, una de las razones más poderosas por las que esta generación de jóvenes ha instituido y casi sacralizado su radicación casi exclusiva en el presente. En esta nueva temporalidad el deseo de vivir al día ha sustituido a la planificación del proyecto a largo plazo.

Se ve cómo pueden escasear los elementos antropológicos para una experiencia de la esperanza cristiana, sobre todo cuanto a esto se añade la poca capacidad de espera, de aguante, de paciencia. Todo debe ser inmediato. Rige la mística del botón o del teclado¹⁵.

¹⁴ Cf. los datos estadísticos que sostienen esta reflexión sobre las dificultades para la fe en A. Jiménez Ortiz, *La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los 90*, en "Proyección" 43(1996) 137. 146; Id., *¿Los jóvenes españoles bajo el influjo de la posmodernidad?*, en "Salesianum" 61(1999) 92-93; F. Andrés Orizo, *Jóvenes: Sociedad e Instituciones*, en J. Elzo (y otros), *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, 76. 84.

¹⁵ Cf. V. Verdú, *Todo es inmediato*, en el periódico "El País", 7.9.2000, 30: "El usuario de cualquier ordenador aprende día tras día, en contacto con el aparato, que la dilación en la respuesta de la máquina será sólo el signo de una deficiencia en las conexiones, los periféricos, la potencia interna, la estructura del programa, la insuficiencia, en fin, de la tecnología porque lo esperable es la prontitud. La informática, en suma, ha enseñado que cualquier deseo expuesto ante el teclado debe obtener su satisfacción al momento. No tras un plazo de espera, después de realizar una gravosa operación, a continuación de elaborar una meditación, sino de inmediato, como mediante un rebote de nuestra orden en su cumplimiento, un correlato directo del mandato".

Habiendo crecido con el hábito de la gratificación inmediata, no han adquirido la solidez necesaria para enfrentarse con decisión a las frustraciones. Adolecen de poca capacidad para soportar el sufrimiento y el fracaso, para poder aguantar, para resistir, para esperar. La ascética y la disciplina, la paciencia no están de moda. Todo lo que supone renuncia o austeridad se ha desvalorizado en beneficio del deseo y de su gratificación inmediata. Y esto puede condicionar la capacidad de apertura hacia el futuro.

Y por otro lado podemos comprobar la poca credibilidad que los jóvenes conceden a las categorías y elementos de la escatología cristiana: el escepticismo se une a una curiosidad que se orienta, a veces, por otras propuestas no cristianas como, p. ej., la reencarnación por el influjo de la Nueva Era¹⁶.

La *caridad* tiene hoy buena prensa. Y se puede decir que está de moda entre los jóvenes con nombres como voluntariado, colaboración, solidaridad, nuevos movimientos sociales. Estos gozan de un amplio favor entre el público joven. Pero este entusiasmo puede tener los pies de barro: en esos nuevos movimientos sociales uno no tiene por qué afiliarse o sacarse un carné, puede incorporarse y dejarlo cuando quiera, en ellos no hay militancias estrictas ni obligaciones regulares. No todos esos movimientos provocan el mismo entusiasmo. En general, tienen mayor aceptación los que representan una llamada a la solidaridad.

No resulta difícil imaginar que la mayoría de los jóvenes conecten cordialmente con el pensamiento y las metas de estos movimientos. Lo que realísticamente no se puede esperar es un compromiso masivo con ellos¹⁷.

Si en la sociedad prima la ética de la diversión sobre la ética del esfuerzo, la búsqueda del propio interés sobre la responsabilidad pública, la crítica sobre la reflexión, la exaltación del tiempo libre frente al compromiso laboral, entonces no es de extrañar que los jóvenes, en estas circunstancias, orienten sus energías hacia la fruición y el placer. El presentismo juvenil, que reduce el horizonte axiológico a la valoración de lo que ahora se esté gozando o vivien-

¹⁶ Cf. los datos estadísticos sobre este punto acerca de la vivencia de la esperanza en los jóvenes en A. Jiménez Ortiz, *La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los 90*, 146. 147. 148-149; Id., *Los interrogantes que plantea la religiosidad juvenil*, en "Proyección" 43(1996) 198; Id., *¿Los jóvenes españoles bajo el influjo de la posmodernidad?*, 95-96. 98; J. Elzo, *Reflexiones finales*, en J. Elzo (y otros), *Jóvenes españoles 99*, 428. 431. 433.

¹⁷ Cf. F. Andrés Orizo, *Jóvenes: Sociedad e Instituciones*, en J. Elzo (y otros), *Jóvenes españoles 99*, 74: "Porque lo que se desea son vínculos más sueltos y flexibles, que no le aten y le obliguen a uno. Lo comunal, los grupos y los líderes, las banderas, no se desean estables sino que puedan cambiar en cada momento. Se quieren espacios de maniobrabilidad y preservar siempre el propio bienestar, que se piensa compatible con los esfuerzos por la igualdad y la solidaridad".

do, parece ser la única actitud sana. Por tanto su comportamiento está orientado hacia el consumismo hedonista, llegando incluso a la instrumentación del trabajo con el fin exclusivo de conseguir el dinero para ello.

Los jóvenes se consideran a sí mismos como consumistas. Viven atrapados en esta tendencia presente en toda la sociedad y marcados también por sus consecuencias. Si los padres piensan que sus hijos deben tener lo que ellos no pudieron disfrutar en su juventud, esos adolescentes y jóvenes percibirán el consumismo como algo ajeno al trabajo y al esfuerzo. No se trata de una recompensa por lo que hacen u ofrecen. Es un derecho que se ha de ejercer gastando en cuanto sea posible, sin miramientos con los continuos equilibrios a que están sometidas las economías domésticas. Este afán consumista puede operar, en bastantes casos, como elemento compensatorio de sentimientos de inferioridad, de soledad o de fracaso.

La actitud pragmatista de los jóvenes actuales, orientados normalmente hacia lo práctico, lo útil, hacia aquello que produce jugosos intereses, ya sea en lo económico, como en lo social o afectivo, no parece ser un buen camino para entregarse al Misterio de Dios en actitud de gratuidad y agradecimiento y para un altruismo generoso y abierto. Existe la sensibilidad, pero no el compromiso decidido. Hay simpatía hacia los valores finalistas (solidaridad, tolerancia, lealtad...) pero no se da la convicción necesaria para aplicar los valores instrumentales necesarios¹⁸.

Y es que además "vivimos el mediodía de los derechos y el crepúsculo de los deberes. Reivindicamos sin responsabilizarnos, lo que parece tan incongruente como querer ascender a una montaña deslizándose sobre esquís"¹⁹.

¹⁸ Cf. J. Elzo, *Reflexiones finales*, en J. Elzo (y otros), *Jóvenes españoles 99*, 432: "Me refiero a los déficits que presentan en valores tales como el esfuerzo, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, la abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho, etc. Pienso que la escasa articulación entre valores finalistas y valores instrumentales está poniendo al descubierto la continua contradicción -amén de la dificultad- de muchos jóvenes para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal, allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida".

¹⁹ J. A. Marina, *Crónicas de la ultramodernidad*, 241. Sobre los datos que avalan este punto sobre las dificultades para vivir la virtud de la caridad, cf. A. Jiménez Ortiz, *La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los 90*, 144. 149-150. 150-151; Id., *¿Los jóvenes españoles bajo el influjo de la posmodernidad?*, 91-92. 97-99; P. González Blasco, *Relaciones sociales y espacios vivenciales*, en J. Elzo (y otros), *Jóvenes españoles 99*, 193-194. 243; F. Andrés Orizo, *Jóvenes: Sociedad e Instituciones*, en *ibid.*, 71-73; J. González Anleo, *Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles*, en *ibid.*, 176.

Signos que avalan la progresiva consistencia de la experiencia fundante

La presencia de Dios en el corazón humano genera una fuerza misteriosa y única de transformación interior, de dinamismo personal, de conversión, de maduración humana. Pero Dios no es un instrumento, ni una herramienta, ni un catalizador que frena o acelera los procesos psicológicos del individuo. Dios interviene en nuestra historia desde el amor entrañable y desde el respeto a la libertad humana. Pero Dios no es un objeto entre otros objetos, ni una causa más en el entramado de este mundo empírico. Dios es el Misterio trascendente, y, al mismo tiempo, el Misterio cercano que, en el corazón de la realidad creada, lo sostiene todo con su Espíritu de Vida. Lo sostiene todo, respetando sus procesos y dinámicas que Él ha desatado con su palabra creadora.

La acción providencial de Dios se ejerce especialmente en lo profundo del ser humano, por la presencia real y misteriosa de su Espíritu, que sin anular la libertad humana, sino más bien potenciándola, transforma su corazón, si no se resiste mediante una elección consciente y libre por el mal, para la búsqueda de la verdad y para la realización del bien en esta historia.

Por eso, en esa interrelación original y única de la libertad humana y del amor de Dios como fuerza transformante, que respeta, sostiene, orienta... dicha libertad y sus decisiones, podemos afirmar que una experiencia de Dios que se va consolidando en la historia de un joven deja traslucir y evidenciar signos de esa presencia transformadora. Sin querer ser exhaustivo y sabiendo que mi elección puede ser limitada por la propia perspectiva, ofrezco algunos indicios que pueden avalar la solidez creciente de la experiencia fundante de la fe²⁰.

1. Se va abriendo paso la sencillez

Según se va estructurando la personalidad desde el núcleo sólido de la fe asumida existencialmente el joven puede ganar en transparencia y autenticidad: deja de camuflarse, no tiende a presumir de sus cualidades y de su vocación como si fuera una conquista suya, va aprendiendo a no tomarse demasiado en serio. Puede ir entendiendo con serenidad que la vida, su vida, puede ser ambivalente, que su fe es frágil, que su vocación puede esconder motivaciones ambiguas...

²⁰ Para algunos de los siguientes puntos me inspiro en las reflexiones que hace Amedeo Cencini en un contexto totalmente diferente, cf. *¿Qué vocaciones para una vida consagrada renovada? ¿Qué tipo de vida consagrada para vocaciones "nuevas"?*, en "Seminarios" 45(1999) 279-288.

Por tanto, se pueden discernir signos de inmadurez creyente en los que se toman demasiado en serio y ansían constantemente ser el centro de todo, en los que viven la vida con duro dramatismo y no descubren con sencillez el lado humorístico de los acontecimientos, en los que ostentan una seguridad aplastante, en los que no saben lo que es la humildad, como actitud realista de aceptación serena de sus personas.

2. Crece la actitud de gratitud

La vocación nace de la gratitud, porque es respuesta a una iniciativa de Dios, que nos elige porque nos ama incondicionalmente. Una fe que va madurando hace descubrir al joven los misteriosos vericuetos de su historia por los que Dios le ha conducido con infinita ternura, y abre su corazón agradecido a Dios. Y contempla su vida, a pesar de sus más y de sus menos, como una historia de amor, con la que él se siente profundamente agradado.

Hoy la gratitud no está de moda: los niños y adolescentes han crecido en la sociedad "de los derechos y no de las obligaciones". Se sienten con derecho a todo, y a lo más actúan con respeto en la exigencia obsesiva "de lo que se les debe". Crecer en la gratitud es un signo de maduración en la fe.

3. Se descubre el sentido de la gratuidad

La experiencia de Dios ayuda a descubrir que la gratitud, como reacción a lo que se ha recibido como don, conlleva el sentido de la gratuidad, como respuesta del que se ofrece oblativamente a los demás. La gratuidad es un fruto natural de la gratitud, que intenta discretamente devolver a los otros, a Dios lo que se ha recibido.

El joven va concibiendo la vocación como tarea que se realiza en la gratuidad generosa, como don libre, sin buscar la colocación estratégica de precisas inversiones de tiempo y de trabajo de las que se esperan los correspondientes intereses y ganancias. La fe, como experiencia fundante, le lleva a reconciliarse consigo y con su historia, porque se contempla a sí mismo como sujeto agradado por un amor personal que desde siempre le amó.

4. Crece la identidad personal y el sentido de pertenencia

Encontrarse con Dios tiene también como consecuencia un encuentro consigo mismo, porque se descubre a Dios como la verdad, como la luz que ilumina mi interioridad, mi corazón y mi misterio. Una consciente experiencia religiosa es fuente de identificación personal, de clarificación psicológica, de honda estructuración afectiva. Y por otro lado en la experiencia fundante de la fe el joven adquiere ese núcleo íntimo, ese cimiento sólido, ese fundamento

definitivo que vertebra su personalidad y su deseo según una escala de valores inspirada en el evangelio.

Y quien comienza a poseerse pierde el miedo a entregarse, a confiar, a abrirse, a sentirse miembro de un grupo, que supone limitaciones y posibilidades, dependencia y autonomía generosa, saber convivir, aprender a respetar, ser capaz de acoger y de ser acogido.

5. Aumenta la capacidad de alteridad y el respeto a la diversidad

El narcisismo ambiental hace que los adolescentes y jóvenes de hoy no sólo vivan muy centrados en sus personas e intereses, sino que les lleva a instrumentalizar y manipular sutilmente a los demás. El yo se sitúa en el centro de todo y todo es analizado y juzgado desde las posibles ventajas que le pueden proporcionar.

Cuando la fe es auténtica, tiene una enorme fuerza de descentramiento: me obliga a salir de mi escondrijo y a abrirme al Misterio, al completamente Otro. Un joven que vaya madurando en su experiencia de Dios va aumentando su capacidad de empatía, de comprensión, de encuentro, de diálogo. Y el camino hacia la alteridad conduce hacia el respeto y aceptación de la diversidad, del pluralismo, de la riqueza de los demás, de su originalidad. Este proceso es incompatible con cualquier forma de fundamentalismo, integrismo o xenofobia.

6. Crece el sentido de responsabilidad

La experiencia cristiana es la experiencia de un encuentro con Dios, que no es simple consecuencia de mi búsqueda y de mi esfuerzo, sino el descubrimiento iluminador de Alguien, que ya me había encontrado, antes de que yo me hubiera decidido a buscarlo. El amor de Dios es amor fundante, incondicional. Pero en sí mismo es exigente: en mi vida se debe reflejar ese amor, que me pide ser responsable, saber responder a las necesidades, a las carencias, a los gritos de los que buscan un sentido, una esperanza, un trabajo, un pan.

En el seno del grupo formativo se ha de ir percibiendo cómo el joven va respondiendo a las exigencias del día a día, a los compromisos del estudio, de la pastoral, del servicio concreto a los demás.

7. Va madurando la libertad

Frente al Misterio de Dios ante el cual se siente sujeto, sostenido por un amor incondicional que lo va liberando interiormente y que lo hace responsable, el joven madura en su libertad, reconociéndola como facultad de elegir, de

decidir para el bien. Va pasando poco a poco de su pequeño mundo de necesidades, dominado por una ética de las normas que le dan seguridad, pero que no le dejan crecer en autonomía y libertad, a una ética de los valores que le plantea la necesidad de aprender a trascenderse, a discernir, a sopesar sus decisiones en un mundo complejo.

La asunción plena y madura de la libertad es una tarea para toda la vida. Pero pensamos que una auténtica experiencia religiosa es signo ya de cierto grado de libertad interior, y al mismo tiempo se convierte en camino hacia su maduración en la entrega personal de quien sabe admirar e imitar en su vida la libertad solidaria y compasiva de Jesús. Ese proceso es largo y difícil, pero en los adolescentes y jóvenes en formación se pueden comprobar signos de esa libertad incipiente cuando se va liberando de sus dependencias afectivas y van asimilando lo que significa la soledad en toda existencia humana.

8. Se va reconociendo a Dios, como Misterio, como Tú, en el amor y en la exigencia

La experiencia fundante de la fe en su etapa inicial muestra su autenticidad cuando Dios, en la vivencia religiosa del joven, va pasando de ser objeto de necesidad, instrumento de deseos infantiles a un Dios Misterio que se escapa de las manos, que rompe sus esquemas, que le abre caminos inesperados. Ya no es el Dios "solución para todo", sino el sentido último de la realidad.

No basta el conocimiento intelectual, sino que la confianza inquebrantable, que va surgiendo en el corazón del joven, en Dios como Misterio de luz y de ternura, crea profundos vínculos afectivos, anclando esa experiencia religiosa en los estratos más hondos de la persona, haciendo que Dios sea el corazón de su corazón. Poco a poco se va aceptando que hacer la voluntad de Dios es mucho más decisivo y acertado que la obsesiva preocupación por sacar adelante los propios deseos y planes.

Concluyendo

No hay opción vocacional que sea sólida y definitiva, capaz de enfrentarse al fracaso personal y a las crisis de la vida, si no está anclada en una auténtica experiencia fundante de la fe: "La formación, si no alcanza y compromete lo afectivo, no llega al núcleo de la vida de una persona, en donde se acuñan *las convicciones*, esto es, al corazón. En las convicciones se unen la verdad y el amor: ellas están hechas de ideas que iluminan afectos, tanto como de afectos que dan raíces vitales y generan un compromiso de toda la persona en pro de determinadas verdades y valores"²¹.

²¹ J. M. Recondo, *El desafío de esta hora es formar el corazón*, en "Seminarios" 46(2000) 301.

En la formación debemos acompañar a los jóvenes en un proceso específico de personalización de esta experiencia. Esto nos obliga a un conocimiento real de sus personas, a un discernimiento constante de los signos que van apareciendo en su vidas. Y sobre todo nos obliga a dar testimonio de lo que significa en nuestras existencias la experiencia de Dios como gracia que transforma el corazón y nos lleva a vivir según un estilo de vida teologal.